

ceso ¹: «Condujéronse los Jesuitas, dice, durante esta crisis como hombres acostumbrados á las borrascas: disimulando con «paciencia las injurias individuales que les fue preciso tolerar, y «aguardando que el tiempo mejorase su suerte, todo lo esperaban de las faltas de sus adversarios, y de la necesidad que no «podria menos de experimentar de su doctrina una regencia corrompida; y al paso que conservaban la prudencia para sí solos, «no dejaban de excitar en secreto á diversas resoluciones, tanto «á la corte de Roma como á los obispos partidarios de la bula. «Pero lo que mas admirablemente demuestra la política de estos «religiosos, es el haber llegado á ensayar una de las empresas «mas atrevidas y profundas que no hubieran osado concebir en «los dias de su mas elevada prosperidad: propusieron fundar «congregaciones de soldados en las ciudades de guarnicion, y «hubieran ciertamente contado con un ejército suyo, si el Gobierno no se hubiese apresurado á prevenir este piadoso soborno «sustrayendo la disciplina militar á tan sagaz corrupcion.»

La imputacion de querer organizar el ejército por congregaciones era mucho más nueva que el mismo hecho. En Francia, desde el reinado de Enrique II hasta el de Luis XIV, y en Europa, desde el año de 1584 hasta el 1715, vivian continuamente los Jesuitas bajo la tienda del soldado, hallándose á su lado en los campamentos, animándole en la pelea, consolándole ² en la derrota, franqueándole á la hora de su muerte el camino de los cielos, y haciéndose una providencia que velaba por los heridos: enseñábanle á ser fiel á Dios, para hacerle fiel al rey y á su patria; y formándole una especie de literatura militar, le trazaban en ella los deberes del soldado. En las montañas de la Bohemia, en las llanuras de Flandes, en los steppes de la Polonia, y en el interior de las plazas fuertes de Francia, habian fundado congregaciones que inspiraban al jansenismo alarmas continuas, como si

¹ *Historia de la Regencia*, por Lemontey, tomo I, pág. 158.

² Los PP. Auger, Possevino, Graff, Andrade, Francisco Antonio, Enrique Marcelo, Bembo, Blanco y Sailli han compuesto para los militares un gran número de obras, en que han tratado de hacerles comprensible la piedad, y cuyos títulos solos bastan á revelar su objeto: de un lado aparece el *Maestro de armas*, del otro el *Soldado cristiano*, mas léjos el *Espejo de los soldados*, el *Soldado perfecto*, *Aviso á los militares*, *Manual del soldado cristiano*, el *Guerrero cristiano*, el *Soldado glorioso*, y las *Instrucciones para el soldado cristiano*. No citamos aquí mas que las principales.

hubiesen sido una novedad. Bien es verdad que el Regente habia podido observar, como Turena y el gran Condé, que la piedad en el soldado se convertia en un estímulo poderoso de valor y obediencia; pero, creyendo tener necesidad de contemporizar con la reaccion jansenista, remitió el asunto al Consejo, el que en la sesión del 19 de julio de 1716 ¹, prohibió las reuniones de militares presididas por un Jesuita. Empero, si bien los Padres obedecieron sin dilacion disolviendo en el acto todas las congregaciones; si habian tratado de conformarse desde luego á las órdenes de la autoridad, los Jansenistas, que solo veian un ardid en esta deferencia, se quejaron de ello al Regente, añadiendo que habian eludido su voluntad. Hallábase entonces al frente del ministerio de la guerra el mariscal de Villars, quien, á fuer de discípulo de los Jesuitas, al paso que soldado y general, habia formado parte de estas piadosas asambleas; y como, por otro lado, el vencedor de Demain no era hombre que acostumbrase disfrazar su pensamiento, al leer semejantes imputaciones, exclamó sin poder contener su franqueza de soldado: «¿Quiénes son los temerarios que «han tenido la osadía de sostener una impostura como esta? En «mi poder se hallan las contestaciones de todos los oficiales y gobernadores de plazas, y todas ellas están contestes en que se han «cumplido al pié de la letra las órdenes del Rey.» Y dirigiéndose en seguida á sus colegas: «Por mi parte, señores, continúa, no «puedo menos de confesarlo; mientras me he hallado á la cabeza «de los ejércitos no he visto soldados mas activos, mas dispuestos «á ejecutar mis órdenes, y mas intrépidos que los que formaban «parte de las congregaciones tan acriminadas en el dia.»

Deseando el cardenal de Noailles dar una prueba de la moderacion de sus sentimientos, anuló en parte el anatema lanzado contra los Jesuitas de su diócesis, y otorgó, con fecha 20 de noviembre de 1715, nuevas licencias á doce de ellos, entre los que se contaban los PP. Liguieres, du Trevous, Gaillard, La Rue, Martineau y Tournemine; pero no pasó mucho tiempo sin que otras nuevas susceptibilidades de jurisdiccion, alimentadas y abultadas por los Jansenistas, hiciesen estallar otros conflictos. Llamado por el Regente el P. Luis de La Ferté, hijo del mariscal de este nombre, pariente y amigo de infancia del cardenal de Noailles, para predicar el Adviento de 1716 en presencia del Monarca

¹ *Registros del Consejo bajo la Regencia.*

y de la corte, que ya le habia oido anunciar la palabra de Dios durante la anterior Cuaresma, y sabiendo que, aunque Noailles no habia tratado de oponérsele abiertamente, porque esto hubiera sido usurpar las prerogativas del cardenal de Rohan, limosnero mayor de Francia, habia no obstante propuesto á Felipe que eligiese otro predicador, quiso ceder de su derecho por no dar lugar á nuevos conflictos. Empero, habiendo rehusado el Regente la propuesta del Cardenal arzobispo, escribió el príncipe de Rohan, hermano del anterior, al Jesuíta, expresándose en los siguientes términos: «El duque de Orleans me manda ordenaros que os presentéis mañana á predicar delante del Rey, y como esta orden ha sido repetida y apoyada en presencia de la duquesa de Ventadour, cuantas razones particulares podais alegar en contra de nada sirven ante el respeto que debéis al Rey y á S. A. R.» La Ferté se dejó ver efectivamente el 1.º de noviembre de 1716 en el púlpito de las Tullerías; si bien pasó á suplicar al Regente en el mismo dia que tuviese por conveniente dispensarle de este honor, alegando motivos tales, que bastaron á convencerle. El cardenal de Noailles habia sido vencido en la lucha; pero, al cabo de diez dias, fulminó un entredicho contra los Jesuitas, y en especial contra el P. La Ferté, mas culpable que los demás, sin duda por haber obedecido á las órdenes del Príncipe. Aconsejado por los Jansenistas, quienes no sabian obrar sin promover escándalos, á que adoptase los medios mas ruidosos, después de anunciar á los Padres el entredicho por medio de un alguacil, contra el uso de la curia eclesiástica, dió orden á los pregoneros públicos para que recorriesen las calles y plazas proclamándole en alta voz.

Semejante proceder debió parecer extraño: perdíanse miserablemente los Jansenistas haciendo servir el poder para la satisfaccion de venganzas inútiles, al paso que el rigorismo empleado contra la Sociedad de Jesús debia inevitablemente hacerla ganar terreno. El yugo del jansenismo empezaba ya á parecer pesadísimo; mucho mas cuando, estableciendo puntos de comparacion, y viendo la mansedumbre de los unos y el diabólico encono de los otros, se iba inclinando la balanza del lado de los perseguidos con tanto furor por el cardenal de Noailles. El mismo Regente no pudo ocultar su modo de pensar; y segun el testimonio de Dorsanne, «el acta de revocacion de los Jesuitas sorprendió y causó alguna afliccion al duque de Orleans.» Y no solamente habia te-

nido por objeto este anatema la satisfaccion de algunos odios; inspirábasele al Cardenal un profundo cálculo político, y le realizaba sin tener parte en él, y aun sin adivinarlo siquiera. La secta, que acababa de destruir el edificio de las congregaciones militares, aspiraba tambien, de acuerdo con sus adherentes los universitarios, á monopolizar la educacion, con el objeto de amoldar á la juventud á sus ideas y ensueños. La trama no podia estar urdida con mas habilidad: por una parte se provocaba á los padres de familia á retirar sus hijos de los colegios jesuíticos, sobre quienes pesaba el anatema, y por otra estimulaban á los prelados á imitar el ejemplo del cardenal de Noailles. Pero á pesar de haber encontrado eco en el obispo de Chalons, su hermano; en Coislin, obispo de Metz; en Colbert, obispo de Montpellier, y en los obispos de Verdun y Laon, la casi unanimidad del episcopado rehusó prestarse á estas cábalas. La Iglesia galicana entre tanto, que participaba de los sentimientos de los Jesuitas, viéndolos perseguidos con tanto encarnizamiento, los acogió bajo su proteccion, y hasta las mismas familias se asociaron á esta resistencia católica. Impedidos los Padres de su sagrado ministerio desde el año de 1716 al de 1729, dedicaron al estudio de las bellas letras el tiempo que antes consagraban al púlpito y confesonario; viniendo sus colegios, en el período de algunos años, á estar mas florecientes que nunca, como lo escribian desde Paris á Roma en 1716:

«Ya no nos resta otra cosa mas que formar en la ciencia y virtud el corazon de nuestros niños: los demás ministerios que practicábamos con tanto ardor han cesado enteramente. Ya nuestros oradores no dejan escuchar su voz en los templos ni en las capillas particulares; los hospitales y cárceles se cierran á nuestro celo; nuestros confesonarios están desiertos; las congregaciones de la santísima Virgen no reciben el pan de la divina palabra, y poco á poco se va abandonando todo lo que huele á piedad. Sufrir, tener paciencia, abstenernos de proferir la menor queja, ablandar al cielo por medio de nuestras plegarias, leer ó componer buenas obras de literatura ó piedad, y señalar á los demás el camino de la salvacion á favor de discursos privados ó por el ejemplo de una vida sin tacha; hé aquí cuanto nos está permitido, hé aquí el único consuelo que nos queda y que nadie podrá arrebatarnos.»

¹ Archivos del Gesu.

Explotando los Jansenistas la cólera pueril del cardenal de Noailles, no solo le aclamaban su pacificador y taumaturgo, sino que haciendo de este príncipe de la Iglesia el antemural á cuya sombra les era permitido combatir, abusaron de sus virtudes como de su debilidad. Dueños de la cátedra del Espíritu Santo y del confesonario durante el espacio de doce años, asistieron, por decirlo así, con los brazos cruzados, al desenfreno intelectual inaugurado por la regencia. Sin duda que los Padres de la Compañía no hubieran podido reprimir el torrente de la desolacion que rompía todos los diques: hubiérale sido imposible calmar la insaciable sed de repugnantes y vergonzosos deleites de que se veían atormentados Felipe de Orleans, la duquesa de Berry; su hija, y los favoritos del Palais-Royal; la corrupcion, el escándalo, el apego desenfrenado al dinero, y el atractivo de la novedad, dominaban demasiado á las clases elevadas de la sociedad, á los banqueros y demás ciudadanos acomodados de la capital, para que se pudiese realizar bien alguno en medio de tanta depravacion.

No cabe duda, repetimos, en que los Jesuitas hubieran fracasado en presencia de tamaños desórdenes, que una inconcebible aberracion del espíritu elevó hasta á ser un atentado contra el honor nacional; pero, si les era imposible estorbar que se extendiese la gangrena á las clases medias, el pueblo, que no se avergonzaba de conservar su antigua probidad, que estaba inocente de los descarados agiotajes de Law, y que guardaba sus costumbres puras y austeras, hubiera podido ser sostenido en la piedad, aun á vista del mismo vicio oficial; pero careció de guías en el momento en que la ambicion y el placer iban á sufocar el último grito de su virtud.

Al tratar el Regente de satisfacer los deseos del jansenismo, habia esperado desembarazarse de las cuestiones religiosas; pero si él reducía á un absoluto silencio á los hijos de Loyola con el objeto de obtener la paz de sus enemigos, estos no se contentaron con un triunfo infructuoso. Visto que solo una minoría imperceptible del episcopado se habia opuesto á la bula *Unigenitus*, en la que se condenaba á Quesnel y su doctrina, trataron de acrecentarla con el objeto de convertirla en mayoría¹. Habíase intro-

¹ Algunos historiadores, como Voltaire y Duclos, han pretendido que la bula *Unigenitus* no constituía una regla de fe católica; lo que es un error bajo el punto de vista histórico y religioso. Dirigida esta bula á toda la cristiandad,

ducido en las costumbres y escritos un desenfreno asaz peligroso para la moral y la vida de los Estados; la anarquía imperaba sobre las inteligencias, que trataban de hacerla penetrar en las fuentes del poder público; y habiendo encontrado en el Parlamento varios magistrados dispuestos á degradarse, y á llevar adelante las consecuencias de la declaracion de 1682, los impulsaron á favorecer á los obispos que apelaban de la Bula al Papa que la habia promulgado. Sin embargo, Felipe de Orleans, que conservaba aun instintos de gobierno, y cuyo corazon y entendimiento no se hallaban siempre á merced de un capricho ó de una afrenta, no tardó en vislumbrar que los Jansenistas se proponían asesinar la autoridad con el objeto de provocar escisiones interiores, y desde este dia pensó en reparar el daño que habia desarrollado su incuria.

no solo fue adoptada y recibida por el episcopado y las universidades como una decision dogmática, sino que tambien fue declarada como regla de fe por diferentes concilios, y especialmente por el celebrado en San Juan de Letran en 1725, bajo el pontificado de Benedicto XIII. Sin contar contra sí mas opositores que el cardenal de Noailles, catorce obispos, y mil quinientos, otros dicen dos mil refractarios, sacerdotes, religiosos y seglares, supo, sin embargo, esta imperceptible oposicion armar tanto escándalo, que pareció hablar en nombre de todos. «La Iglesia de Francia, dice Voltaire con su *acostumbra brada veracidad* en el tomo III, capítulo XXIII del *Siglo de Luis XIV*, se «fraccionó en dos bandos: el de los aceptantes, que se reducía á unos cien «obispos que se habian adherido bajo el reinado de Luis XIV de consuno con «los Jesuitas y Capuchinos, y el de los recusantes, en el que se contaban «quinze obispos y toda la nacion.»

Empero la nacion, en aquella época, era explotada por los descontentos que se la adjudicaban. Y si Voltaire no ha reflexionado al hacer este cómputo, el jansenista Dorsanne, el vicario general del cardenal de Noailles, publica en su *Diario* una curiosa estadística de esta unanimidad nacional, y dice en la página 7 del tomo II, que «léjos de verse aumentar el número de los apelantes, se le veía por el contrario disminuir.» Y pasando revista después á varios de los obispos jansenistas, añade: «Asliganse infinito los obispos de «Treguier y de Arras al ver la casi entera oposicion de sus diócesis al partido «que habian tomado: Mr. de La Broue, obispo de Mirepoix, no contaba en la «suya un solo apelante, y al obispo de Pamiers le sucedía lo mismo que al «anterior... Los parlamentos de provincia no proporcionaban recursos; siendo «muchos de ellos, entre otros los de Grenoble, Besanzon, Dijon y Douay, ul- «tramontanos y partidarios de la bula... Uno de los motivos que ocasionaban «mas inquietud al cardenal de Noailles, era el ver que algunos obispos de las «iglesias extranjeras permanecían á la expectativa de lo que pasaba en Fran- «cia, sin desprenderse uno solo de la unidad para agregarse á los apelantes.» Los obispos jansenistas no hallaban, aun en sus diócesis, un solo adherente, y sin embargo, esto se llamaba la nacion entera.

Haciase, pues, preciso terminar de una vez con esta faccion que se agitaba en todo sentido, y que mantenía la discordia en la Iglesia, al paso que se lisonjeaba de sembrarla en el Estado. Francisco Lafiteau, nacido en Burdeos en 1685, se habia propuesto granjearse la confianza del Regente: dotado de un ingenio fecundo en agudezas é inagotable en recursos, al que agregaba un juicio sólido, una ambicion que jamás se descubria y una amenidad que sabia complacer á todo el mundo, disfrutaba en tan alto grado la benevolencia y los favores del Príncipe, que á pesar de los que le rodeaban, pasó á elegirle negociador secreto cerca de la Santa Sede. Habiendo tenido el Jesuita la fortuna de captarse la amistad de Felipe, no fue menos diestro para insinuarse en el corazon de Clemente XI; sirviendo así de lazo entre las dos potencias para acelerar la caida de los Jansenistas. Hallábase dotado de las virtudes de un buen sacerdote; pero conociendo, ó habiéndole hecho conocer quizás, que no poseia en igual grado las que constituyen el Jesuita, habia solicitado y obtenido en 1719 la dispensacion de los votos simples que pronunciara, separándose de la Compañía, á la que profesó siempre una amistad sincera. El Papa y el Regente le nombraron pocos meses después obispo de Siston, y hallándose en libertad para seguir la carrera de los honores, merced á su separacion de la Compañía, aceptó esta dignidad en 1720. El 4 de diciembre del mismo año obligó Felipe al Parlamento á registrar la bula *Unigenitus*, como efectivamente lo hizo; pero entonces los Jansenistas, cuyo plan de ataque permanecia oculto, no pudieron reprimir por mas tiempo su cólera.

La corrupcion de las costumbres habia engendrado la prostitucion en la historia: cada uno pintaba á su modo los hombres y caracteres; cada uno formaba de un chisme de callejuela, de una calumnia de retrete, ó de algunas imposturas de salon, una especie de acontecimiento que recogian sin discernimiento mil plumas avezadas á la sátira, haciendo servir mas adelante estas fábulas para alucinar aun á los escritores mas probos. Establecieron, pues, los Jansenistas grandes laboratorios de difamacion, donde, desnaturalizando los hechos, é inventando anécdotas, alimento muy adecuado al gusto y genio francés, se ocuparon en desentrañar la vida privada de los reyes, y los arcanos de sus consejeros; y sin que nada fuese capaz de sustraerse á sus sarcasmos, desde el sumo Pontífice hasta el último de los confidentes de Feli-

pe, todo pasó por el alambique de estos impostores anónimos, cuyas calumnias venían á guarecerse bajo la égida del talento de otros analistas mas concienzudos. Verdad es que con la autoridad de su eleccion habia el Regente, al aceptar la Bula, destruido esperanzas largo tiempo acariciadas; pero los Jansenistas no quisieron ver en esta conducta llena de prevision mas que un odioso convenio, cuyos agentes habian sido Lafiteau, Tencin y Gamache, auditor este último de la Rota por Francia, y cuyo móvil era el abate Dubois.

En una época en que el espíritu de partido no deja en pié gloria alguna ni ninguna virtud, y en que los hombres mas apreciados en un campo se convierten necesariamente en el otro en objetos de repulsion mas ó menos justificada por los odios políticos, creemos que nos será fácil hacer comprender nuestra idea. Hemos tenido ocasion de ver acusados con tanta frecuencia á los ministros, á los generales, á los oradores, á los escritores mas ilustres, y aun á los mismos monarcas de tantos crímenes imposibles, de tantas fechorías, bastando la desgracia, el destierro, la muerte ó el menor cambio de opinion á condenarlos á un olvido precoz, que no nos es posible asentir á las exageraciones del entusiasmo con mas motivo que á los insultos del odio; y como la experiencia ha venido por otra parte con el tiempo, necesitamos hoy algo mas que buenas palabras y romances ricos de imposturas para juzgar al hombre que ha regido los destinos de su patria. En este caso se encuentra el abate Guillermo Dubois. Habia sido el preceptor, el ministro secreto ó público de Felipe de Orleans; vivia en el Palais-Royal; era ambicioso al par que ástuto cortesano; se hacia un estribo de la voluptosa incuria de su amo, lisonjeaba sus pasiones, y quizás le hacia inmoral con su mismo ejemplo. Pero si, en esta atmósfera de espadachines y cortesanas, pudo el abate Dubois, á quien no ligaba compromiso alguno eclesiástico, dejarse arrastrar del torrente y tomar parte en esta orgía de desórdenes que hizo célebres á los Broglie y Noce, es cuenta que ya habrá ajustado con Dios: él poseia el cinismo del vicio mas bien que el vicio mismo; mas, cuando la fortuna le hubo colmado de honores, este hombre, que habia vendido su país á la Inglaterra, y que sin embargo contaba entre sus amigos á Fenelon, Rohan, Massillon, Fontenelle¹, de La Tour, el general de los Oratoria-

¹ Hablando Fontenelle en nombre de la Academia francesa, decia al car-

nos y de Argenson, conoció al fin la necesidad de dar la paz á la Francia. Y no debemos suponer que esta resolucion careciese de un pensamiento de egoismo: Dubois se hallaba en el caso de poder aspirar á todo; su continuo movimiento suplía á la inercia y quietismo del Regente, al paso que sus sarcasmos despertaban en su alma el deseo que se extinguía en ella bajo el tedio de la saciedad; y deseando subir al trono ministerial, pensó que ante todo debia comenzar por hacerse nombrar arzobispo y príncipe de la Iglesia romana. En la esperanza de no hallar obstáculo alguno en su marcha, se resolvió poner á prueba la rectitud de la Santa Sede por un señalado servicio. Obligó al Parlamento á registrar la bula *Unigenitus*, y luego encargó á Lafiteau que solicitase de Roma la recompensa que se habia prometido á sí mismo. Dubois, presentado por el Regente, fue promovido al arzobispado de Cambrai; y una vez abierto el conclave por muerte de Clemente XI, su sucesor, el cardenal Conti, elegido Papa bajo el nombre de Inocencio XIII, le investió con la púrpura, cediendo á las instancias del Regente¹ como á la necesidad de pacificar á la Iglesia.

El cardenalato no es una funcion con cargo de almas, sino una dignidad otorgada á instancia de algunos monarcas á ciertos sujetos á quienes tal vez no conoce la curia romana, y que, disfrutando en su patria de una grande autoridad, pueden, en bien ó en mal, influir en gran manera sobre los negocios eclesiásticos. Pero atendido el estado en que se hallaban las cosas, si el sacri-

denal Dubois el día de su recepcion en ella: «Recordaréis que mis deseos os llamaban á esta corporacion mucho tiempo antes que pudiérais venir acompañado de tantos títulos, porque nadie mejor que yo sabia que hubiérais conducido los que preferimos siempre á todos los demás;» y añadió el director: «Todos los soberanos han concurrido á haceros obtener la púrpura... El sumo Pontífice solo ha tenido que escuchar una petición unánime de todos los embajadores... Pareceis el prelado de todos los Estados católicos, y el ministro de todas las cortes.»

¹ Mientras que Dorsanne atribuye en su *Diario* al cardenal de Rohan una parte demasiado activa en las transacciones que tuvieron lugar en Roma respecto á este capelo, confesando que el Regente le habia dado el encargo de negociar este asunto, el doctor de la Sorbona Francisco Vivant, que escribia desde Roma en el mes de setiembre de 1721 al cardenal de Noailles, dice: «Mr. el cardenal (de Rohan) no desperdicia su tiempo; pues no contento con procurar el capelo que exigia S. A., prepara además otra cosa que hará mas ruido.»

ficio de un capelo exigido por Felipe de Orleans en favor del Abate no fue tal vez una falta, éralo, y grande, el haber llamado al ministro del Palais-Royal á los honores del episcopado; puesto que este arrastra tras sí deberes incompatibles con la vida de Dubois, quien no llenó ninguno; y fue lo mejor que pudo hacer. Visto que su elevacion al rango de príncipe de la Iglesia le franqueaba la entrada en el Consejo, haciéndole marchar al lado de la mas alta aristocracia del reino, no paró hasta constituirse en árbitro de la Francia, sin que gobernase mas mal que el Regente.

El obispo de Sisteron, que no le habia sido inútil en sus negociaciones con Roma, y que después escribió la *Historia de la bula Unigenitus*, anhelaba, de consuno con todo el clero galicano, que se pusiese un término á las discordias religiosas de que era teatro la Francia hacia ya tanto tiempo. Los Jesuitas habian permanecido ajenos á todos estos amaños; pero no tardó en presentarseles una ocasion de ostentar todo el ardor de su caridad, y trataron desde luego de apoderarse de ella. Acababa la peste de sembrar el terror en el Mediodia, y el luto en la nacion entera, sucumbiendo víctimas de este espantoso azote sobre mil personas por día: ya habia herido de muerte á diez y ocho Jesuitas de Marsella, que, lanzándose en pos de las huellas de Belzunce, obispo de esta ciudad y antiguo colega suyo en el Instituto, habian corrido á donde el riesgo era mas inminente; ya el P. Claudio Millet¹, que habia reemplazado á los magistrados civiles, á quienes el pavor ó la pàrca habian arrebatado á sus funciones, habia dejado de existir: uno solo sobrevivía de los moradores en esta residencia, y este era un anciano octogenario, que habia arrostrado mas de una vez el furor del contagio en las misiones de Egipto, Persia y Siria. En medio de tanta desolacion, se asocia Juan Pedro Levert, que así se llamaba este anciano, á los sujetos cuyo ánimo no habia amilanado el terror; colócase con el obispo á

¹ «Todo nos inclina á creer, dice Lemontey hablando de la peste de Marsella, en el quinto tomo de sus *Obras*, página 339, que la grandeza de carácter, los pensamientos generosos y las grandes distracciones destierran del hombre cierta disposicion pasiva, que convenimos en mirar como necesaria á la comunicacion del veneno pestilencial. Esta grandeza de carácter, esta generosidad fue sin duda la égida que cubrió en Marsella á otros dos comisarios cuyos nombres no debo pasar en silencio: el primero fue el Jesuita Millet, el único de los regulares que consintió en reunir las funciones civiles con las tareas religiosas; el segundo fue el pintor Serres, discípulo de Puget.»